

César Rengifo

Lo que dejó la tempestad



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte



CÉSAR RENGIFO

Nació en Caracas el 14 de mayo de 1915. Escritor, artista plástico, periodista. Estudió en la Academia de Bellas Artes de Caracas entre 1930 y 1935. En 1937 vivió en México y tuvo contacto directo con el movimiento muralista mexicano.

De regreso a Venezuela en 1938, se involucró en las luchas políticas, afiliado al Partido Comunista.

Reportero, redactor y coordinador de páginas culturales, formó parte del equipo fundador del diario *Últimas Noticias* en 1941. En 1953 fue fundador del grupo teatral «Máscaras»,

dedicándose por entero a la dramaturgia y la puesta en escena.

Paralelamente, su actividad pictórica le valió galardones en los salones de arte de la época, y el Premio Nacional de Pintura en 1954. Entre 1954 y 1955 ejecutó su famoso mural dedicado al héroe mítico caribe Amalivaca en el Centro Simón Bolívar. Fue Director de Extensión Cultural

de la Universidad de Los Andes de Mérida entre 1958 y 1960. Desde 1959 concurreó con sus obras al Festival de Teatro Venezolano, obteniendo varios premios. En 1980 se le otorgó el Premio Nacional de Teatro, poco antes de fallecer, el 2 de noviembre, en Caracas.



Lo que dejó la tempestad



César Rengifo

Lo que dejó la tempestad

Un epílogo dramático de la Guerra Federal

Un prólogo y tres actos



Colección Biblioteca César Rengifo

2ª Edición. Fundarte 2015

Colección Biblioteca César Rengifo - N° 1

© Fundación para la Cultura y las Artes, FUNDARTE 2015

Lo que dejó la tempestad

CÉSAR RENGIFO

Imagen de portada

Título: *Brusca La Rompefuegos*

Autor: César Rengifo

Técnica: Óleo sobre tela

Año: 1979

Dimensiones: 140 x 95 cm

Colección familia Rengifo

Al cuidado de: HÉCTOR A. GONZÁLEZ V.

Diseño y concepto gráfico general: DAVID J. ARNEAUD G.

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: N° If 23420108001165

ISBN: 978-980-253-434-0

FUNDARTE. Av. Lecuna. Edif. Tajamar. PH

Zona Postal 1010, Distrito Capital, Caracas-Venezuela

Telfax: (58-212) 5778343 - 5710320

Gerencia de Publicaciones y Ediciones



Autorretrato. El sol rojo, 1979

COLECCIÓN BIBLIOTECA CÉSAR RENGIFO

La permanente obsesión artística de César Rengifo (1915-1980) fue la de captar, representar o expresar lo que él concebía como la esencia de la venezolanidad. Integrante de una generación que cobró conciencia en medio de las luchas contra el gomecismo, Rengifo hizo suya la misión de resaltar o, en su defecto, encarnar, la manifestación de un espíritu nacional.

Esa esencia o espíritu propiamente venezolano aparecía a sus ojos impregnado del sufrimiento humano y de la injusticia social que caracterizaron la Venezuela del siglo xx que le tocó presenciar, y de los cuales quiso asumir una incansable denuncia con los medios expresivos que le parecieron, en su momento y en sus circunstancias, los más genuinos y auténticos.

Fue quizás el primero en plantearse con total firmeza la noción del arte como compromiso social, tal como entró en vigencia en las discusiones de los movimientos revolucionarios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, a la vez que se insertaba en la tradición del nacionalismo histórico representado, entre otros, por Mario Briceño Iragorry, a quien Rengifo admiró, ahora replanteado desde el materialismo histórico como postura anticapitalista y antiimperialista.

Creador polifacético, formado durante años en la Academia de Bellas Artes de Venezuela y en contacto con el movimiento muralista mexicano, su legado más prolífico y consistente se halla en su obra teatral, por la que ha sido considerado como el iniciador de la dramaturgia contemporánea venezolana.

El teatro de César Rengifo, que comprende cerca de cincuenta piezas, ha sido clasificado como abarcando cuatro grandes ámbitos: el histórico (con obras como *Lo que dejó la tempestad* y *Oscéneba*); el político (con *¿Por qué canta el pueblo?* o *Muros en la madrugada*); el social (con *La fiesta de los moribundos*, *La esquina del miedo* o *La sonata del alba*) y el psicológico (con *Yuma o cuando la tierra esté verde* o *En mayo florecen los apamates*).

Personajes

TERESA: Viuda. Aparenta 38 años

BEGOÑA: Amiga de Teresa. 40 años

ROSALÍA: Amiga de las anteriores. Edad indefinida.

BRUSCA: Vieja ex guerrillera federal. 60 años.

EL PERRO: Un ex guerrillero que canta por los caminos.

UN VIEJO COMANDANTE FEDERAL: Aparenta 60 años.

ALTO OFICIAL FEDERAL: Lleva un quepis amarillo.

ALTO OFICIAL OLIGARCA: Lleva un quepis azul.

FUNCIONARIO INGLÉS: Viste a usanza de la época

DESCONOCIDO

OLEGARIO / FRANCISCO

Y VICENTE: Jóvenes vagabundos. Ex guerrilleros.

COMISARIO

SOLDADO I

SOLDADO II

OTRO OFICIAL FEDERAL

ZAMORA

Época

1865.

Prólogo

Una leve campana suena a lo lejos. Al fondo, en torno a una tumba reciente, con una luz amarilla, se encuentran de pie, Teresa, Rosalía, Begoña, El Perro. A pocos metros un muchacho de diez años con un farol encendido mira la escena. Sobre ellos, localizada, luz gris-azul de atardecer.

BEGOÑA: (*Hacia la tumba*) ¡Ya eres Brusca Martínez en la tierra que retiene tu paz y tu violencia!

TERESA: ¡Nunca sabré qué fue de Guadalupe el hijo cuya ausencia me ensombrece!

PERRO: ¡Ni yo de ese disparo que me lleva sobre la incertidumbre y el espanto!

ROSALÍA: ¡Ahora el pueblo tendrá que hacer de nuevo duros caminos para su esperanza!

(*Lejos se oye la voz de Brusca gritando*)

BRUSCA: (*Lejana como un eco*) ¡Vuelve Zamora! ¡Ezequiel Zamora!

BEGOÑA: (*A la cruz*) ¡Pero tu amarga voz sigue clamando por calles y trincheras y caminos!

TERESA: (*A Begoña*) ¡Yo la escucho, Begoña, yo la escucho! ¡Y ha de escucharse mientras lleve el pobre una llaga de angustia en el costado!

BRUSCA: (*Gritando lejos*) ¡Vuelve Zamora! ¡Ezequiel amora!

(*Todos vuelven el rostro hacia la voz como si desde ella llegara una grave anunciación*)

(*Obscuro*)

PRIMER ACTO

CUADRO I

Escenario

Pueblo de Ospino. El escenario para los actos I y II mostrará: a la derecha del espectador un cobertizo de paredes derruidas haciendo un triángulo con base hacia el proscenio. En la pared izquierda, a la altura de un metro, hay una tronera donde debió existir una ventana. En la pared derecha cortando con la prevista hay una tronera oblicua que hace de puerta. Las paredes con su encalado en su mayor parte caído, muestran huellas de humo, balas y metralla. El sitio es albergue de Brusca y los jóvenes.

Al centro, al fondo, la vivienda de Teresa, significada por una pequeña puerta, cerca de la puerta un mecedor. A la izquierda la esquina de una calle, el frente da al proscenio y su lateral se pierde hacia el foro, cortándose con un árbol seco inclinado. En el frente hay un portón y una pequeña ventana. Las paredes, ventana, portón, etc., muestran las huellas de la guerra civil que sobre el pueblo pasó como una tempestad.

Al iniciarse la acción una luz difusa de atardecer ilumina la escena. Teresa, vistiendo un humilde traje negro y su cabeza cubierta con un paño también negro, golpea con ambos puños el portón completamente cerrado. Desde el fondo llega con premura Begoña, también vestida de negro. Se acerca a Teresa y la toca por un hombro.

BEGOÑA: (*Reclamando con bondadosa energía*)
¡Teresa! ¿Por qué te viniste sola y sin avisar?
(*Teresa no le hace caso y sigue golpeando el portón*) ¡En esa casa no hay nadie!

TERESA: ¡Oí que había regresado! ¡Anoche pasó por la calle de abajo como una sombra! ¡Unos arrieros los vieron!

BEGOÑA: ¿A quién le escuchaste eso, mujer?

TERESA: ¡Al sacristán!

BEGOÑA: ¡A ése!

TERESA: Sí. Hace poco en la calle se lo decía a unos muchachos, y yo que estaba detrás del postigo de la casa lo oí. (*Vuelve a tocar con fuerza*)

BEGOÑA: (*Tratando de detenerla*) Ése vive inventando. (*Pausa.*) Te vas a romper las manos inútilmente, la casa está vacía y en ruinas. Los cinco años que duró la guerra permaneció cerrada y así ha seguido...

TERESA: Lo único que sé es que debo ver a ese hombre. (*Tratando de escudriñar por las rendijas del portón y por los intersticios de la ventana*)

BEGOÑA: Si es que está vivo.

TERESA: ¡Sí lo está! A cuántos soldados o guerrilleros que han pasado por aquí, después que toda esa matazón se acabó, les he preguntado por él y muchos lo han visto.

BEGOÑA: ¿Quién te asegura que es verdad? Cuando se regresa con vida de algo tan espantoso se hablan muchas cosas, y para evitar molestias se asegura que todo el mundo está vivo...

TERESA: ¡Déjame con mi esperanza, Begoña, no me la quites...! Ese es el único hombre que puede decir lo que fue de mi hijo... De aquí, desde este pueblo salieron juntos tras de Zamora aquella mañana del 1858, guerrearon y juntos desaparecieron el mismo día que mataron a Zamora. El alpargatero vive, lo sé... Lo han visto... Y yo lo creo... Y a su casa debe volver... Pero, ¿y mi hijo? Si la historia que me refirieron es cierta, debe estar vivo en algún sitio.

BEGOÑA: Malhaya sea quien te ha contado esas historias.

TERESA: No ha sido uno, sino muchos los que me han contado... Cuando esa bala que nadie sabe quién la disparó derribó al jefe de la Revolución, los dos altos oficiales que estaban solos con él, llamaron a unos soldados para que lo enterraran, fueron escogidos mi hijo y el alpargatero... Les hicieron jurar que a nadie dirían el sitio de la tumba, luego les pagaron y los licenciaron... Nadie los volvió a ver. Después de dos años dicen que apareció el alpargatero... Pero, ¿y mi hijo? ¿Qué ha sido de mi hijo?

BEGOÑA: Ya vendrá, ten paciencia, aún están regresando a sus hogares muchos de los que se daban por perdidos... Fueron cinco años de matanzas, de incendios, de hambre... Todos fuimos aventados por muchos sitios. Como en esas grandes crecidas, ahora es cuando comienzan a recogerse las aguas...

TERESA: Es que hay otra historias...

BEGOÑA: No creas ninguna y aguarda...

TERESA: El zambo Lucrecio, el domingo, cuando estaba borracho, dijo que a mi hijo Guadalupe lo habían fusilado... Que el alpargatero lo sabía.

BEGOÑA: No se fusilan hombres así nomas...

TERESA: En guerras como esa, sí; lo hemos visto hasta la saciedad...

(Se oyen gritos lejos, llega apresurada Rosalía, también vestida de luto)

ROSALÍA: ¡Gracias a Dios que las encuentro! ¡Esa mujer me persigue!

TERESA: ¿Quién?

ROSALÍA: ¿Quién va a ser? La loca, Brusca...

BRUSCA: *(Lejos)* ¡Salgan para afuera...! ¡No se escondan nalgas sucias...! ¡Vengan a pelear...!

BEGOÑA: (*Habla a Teresa*) Debemos irnos...

TERESA: No, este portón debe abrirse. (*A Rosalía*)
¿Por dónde anda?

ROSALÍA: Subía por la calle cuando me vio... Comenzó a gritarme y a decir improperios. Tuve que correr, vengo sin aliento...

BEGOÑA: Antes escandalizaba solamente de noche... La pobre...

ROSALÍA: Con ella suelta por el pueblo, nadie puede vivir tranquilo ni de día ni de noche, por eso no salgo... Aún no puedo respirar bien. Es como si aún sufriéramos la guerra...

TERESA: Si me hubiera ocurrido lo que a ella, también andaría así... Ver muertos a sus hijos y a su marido en una sola trinchera es como para enloquecer a cualquiera...

ROSALÍA: Quién los mandó a irse a todos a la guerra... Ella de cantinera y los tres de guerrilleros... ¡Muy bueno!

BEGOÑA: Creyeron en la Federación...

(*Se oyen gritos de mujer cerca*)

BRUSCA: (*A gritos*) ¡Ya en este pueblo nadie pelea!
¡No quedan sino beatas y maricones!

BEGOÑA: Ah, pero allí viene, mejor nos vamos...

ROSALÍA: ¡Corramos!

(Cuando van a caminar llega Brusca la Rompe Fuegos. Al verlas se les cruza y comienza a moverse para no dejarlas seguir)

BEGOÑA: ¡Déjanos pasar, Brusca! ¡Somos tus amigas! *(Suave)* Te queremos y nos quieres...

BRUSCA: ¡Ja, ja, ja... Miren quiénes están aquí...! ¡Las dos señoritas y la viuda... *(Burlona)* ¡Las dos señoritas...! *(Se encara con Begoña y Rosalía)* ¡Por qué no han tenido hijos? ¡Le han tenido miedo a parir o le han tenido miedo a los hombres? ¡Los hombres son sabrosos y para parir nacieron las mujeres! *(A Begoña)* ¡Ja, ja, ja, ya se están poniendo como flores de onoto...! ¡Vayan por ahí y súbanse las faldas en vez de andar reza que te reza todo el día! ¡Hace falta que las mujeres paran hombres, muchos hombres! *(Íntima)* ¡Chiss...! ¡El ejército de Zamora necesita guerreros valientes...! ¡En esas batallas contra los oligarcas han muerto muchos, muchísimos...! Sólo quedamos en las filas federales mis hijos y yo...

ROSALÍA: *(Con rabia)* Deja que tus hijos descansen en paz... Los tres murieron...

BRUSCA: ¡Puta embustera! Allá abajo están y me cuidan y me miman como a una gran dama...

ROSALÍA: ¡No son tus hijos! ¡Sino haraganes huérfanos que roban y te dan de lo que roban!

BRUSCA: (*Ríe fuerte*) ¡Son tres machos y tú sólo necesitas uno para gozar! ¡Hablaré con José, es el mayor y aprieta duro...!

ROSALÍA: ¡Calla esa boca...!

BEGOÑA: ¡Déjala, Rosalía! ¡La vas a enfurecer!

ROSALÍA: ¡Estoy llena de rabia... No hace sino asustarnos a todos...!

TERESA: Quizás hablándole entre en razón... (*A Brusca, suave*) Déjanos pasar.

BRUSCA: ¿Pasar, a dónde? Ah, ya sé quienes son ustedes... Quieren llevarles informes a los oligarcas... ¡Tres puticas espías! (*Se rasca la cabeza*) ¡Aquí como que va a haber fusilamiento! (*Acercándose a las mujeres e intentando alzarles las faldas*) ¿Qué llevan bajo las faldas? (*Las mira muy bien*) Fondo, túnicas, refajos, pantaletas y entre las pantaletas escritos para los oligarcas. (*Cambia la voz*) Los federales tienen tantos hombres, tantos fusiles... Se mueven así y asao y Zamora piensa atacar por Acarigua... ¡Miren a las tres bellezas! (*A Teresa*) Tú te pareces a Teresa. (*Despreciativa*) ¡Viuda lloricona! ¿Qué edad tienes? ¿Veinte? Entonces puedes tener hijos... Yo te buscaré a un hombre completo... ¡Conozco un raso que ni pintando...! En un dos por tres estarás así... (*Hace gestos de mujer embarazada*)

TERESA: (*A Brusca*) Déjanos pasar... Estamos apuradas...

ROSALÍA: Deja en paz al pueblo, deja en paz a todo el mundo y vete a otro lugar...

BRUSCA: Si me dan bastimento las dejo pasar... Soy cantinera, debo repartirle comida y agua a la tropa... (*Usando las manos como cornetas*) ¡Tararí... Tarariii... Ya toca el rancho... Sólo hay tasajo y aguardiente...!

ROSALÍA: (*Enérgica y resuelta*) ¡Apártate ya! Hay un señor que espera a Teresa...

TERESA: (*Inquieta*) ¿Que un señor me espera? ¿Quién es? ¿Será el alpargatero? ¿Por qué no me lo dijiste antes...?

ROSALÍA: No tuve tiempo... Por eso venía a buscarlas... No sé quién es... Nunca lo he visto...

TERESA: (*A Begoña*) ¡Es el alpargatero!... ¡Seguro que es él! ¡Quiso ir a mi casa antes de venir a la suya...! ¡Sabré de mi hijo...! (*Decidida*) ¡Debo ir allá!

(*Burla a Brusca y corre, Rosalía la sigue asustada. Brusca agarra por la falda a Begoña y le impide que siga tras las otras*)

BRUSCA: Tú no te me irás con los cuentos al enemigo.

(Begoña se le suelta, pero Brusca la acorrala contra la pared sin tocarla y le impide seguir a Rosalía y Teresa)

BEGOÑA: Brusca, déjame ir, yo soy Begoña. ¡Begoña! ¡Begoña! ¿No me reconoces? Jugamos pequeñas...

BRUSCA: *(Mirándola fijamente)* ¡¿Begoña?! ¡¿Begoña?! *(Mirándolo a su alrededor)* Este pueblo no era así... feo... tuvo sus casas blancas, sin manchas de pólvora y sangre... Begoña... Begoña...

(Obscuridad sobre Begoña. Cenital sobre Brusca)

BRUSCA: Begoña, Begoña, ven para que conozcas a mi novio... Ganó cinco cintas en la feria... Es tan fuerte como un potro... Begoña... Este es mi cuarto hijo, fresco como el pan... Se llama José...

(Luz de nuevo sobre las mujeres)

BRUSCA: Ja, ja... No puedes irte... Oyes esos tiros, esas cornetas y esos gritos... ¡Están peleando en Santa Inés! ¡Batalla igual no se ha visto!... ¡Los oligarcas comerán tierra y gusanos y para el pobre será una nueva vida...!

BEGOÑA: *(Persuasiva)* Todo pasó Brusca... La Guerra Federal ha terminado, las cosas están tranquilas...

BRUSCA: ¿Tranquilas? ¡Hay miles de tumbas con huesos y hormigas! Y en las trincheras hombres muertos... *(Se le acerca evocativa)* Yo los vi... Eran mis cuatro hombres... Jacinto tenía el cho-
po apretado contra el pecho y sonreía... Carmelo estiraba los brazos hacia adelante y su penacho amarillo estaba tinto de sangre... Juancito cayó boca abajo abrazando la tierra... ¡Cómo quería la tierra!... Bonifacio en las empalizadas trataba de buscarse las piernas que la metralla le había llevado... Yo los vi... Y arriba volaban los zamuros... ja, ja, ja... *(Corta la voz)* ¡Quién dijo que eran los míos...! *(Con ira)* ¡Quién lo dijo! ¡Ninguno de ellos era nada mío!

BEGOÑA: *(Temerosa)* ¡Cálmate Brusca...!

BRUSCA: ¡No soy Brusca! ¡Soy la Rompe Fuegos y con el grado de Comandante de las guerrillas del centro!

BEGOÑA: Ilumina tu cerebro... Eres Brusca Martínez... Todas esas cosas pasaron... Ya no hay guerra... Zamora murió en San Carlos...

BRUSCA: *(Violenta)* ¿Quién murió? ¿Zamora? *(Estupor. Pausa)* ¡Ja,ja,ja, eso quisieran los oligarcas para gozar y poner un baile...! Yo acabo de verlo en la trinchera ordenando con voz de bronce: ¡Fuego cerrado, fuego cerrado!

BEGOÑA: Una bala lo derribó para siempre...

BRUSCA: ¡Puta embustera! ¡No hay tirador que lo acierte! ¿Oyes? (*Sacude por lo hombros a Begoña*)

BEGOÑA: El hijo de Teresa y el alpargatero lo enterraron...

BRUSCA: ¡No! ¡Nadie lo ha enterrado! ¡Ya corro a buscarlo para que lo veas! ¡Ya voy a buscarlo a la sabana! (*Corre hacia la obscuridad llamando a gritos*) ¡Zamora! ¡Zamora!

(*Obscuro*)

CUADRO II

Luz difusa en la casa de Teresa. Sentado en un mecedor de cuero está un hombre. Porta una guitarra pequeña, un bastón y un rosario. Lleva anteojos oscuros.

(*Entran Teresa y Rosalía*)

TERESA: (*Mirando con recelo y atención*) ¡No es el alpargatero...! (*Al hombre*) ¿Me buscabas?

PERRO: ¿Es usted Teresa Casique? (*Se da vuelta*)

TERESA: Sí, y usted, ¿para qué me quiere? ¿Quién es?

PERRO: No me conoce... mi nombre no le diría nada tampoco... Vengo de muy lejos... Pero si algo le recuerda eso, puedo informarle que me decían El Perro...

TERESA: ¿Aquí en el pueblo?

PERRO: —¡No! Entre los federales... Peleé junto a ellos

TERESA: (*Haciendo memoria*) ¿El Perro? (*Mueve la cabeza*)

ROSALÍA: ¡Ah! Yo sí recuerdo... (*Al hombre*) He oído que ustedes eran doce que acompañaban al indio Espinoza. (*A Teresa*) Les decían las fieras... (*Recordando*) El tigre... La Mapanare... El Chacal... La Pantera se portaron tan mal e hicieron tantas insubordinaciones, que Zamora los fusiló.

PERRO: ¡Sí! ¡Los fusiló, pero menos a uno...!

TERESA: ¿A usted?

PERRO: Sí, a mí, al Perro... Las balas sólo me rasguñaron... (*Se palpa la herida del rostro*) ¡Quedé vivo lleno de odio contra Zamora!

TERESA: (*Turbada*) ¿Y para qué me busca?

PERRO: Ahora lo sabrá: La Guerra Federal después de la Batalla de Santa Inés estaba ganada... Y todos lo sabían. Al final los pobres irían a levantar cabezas. No habría más hambre ni injusticia.

Sólo faltaba tomar San Carlos, luego Valencia y después Caracas... ¡Pero la cosa se torció!... ¡Ah, esa es otra historia! Por mi parte, después de escaparme del montón de los fusilados me refugié en una montaña. Una noche, no sé cómo, llegó hasta mi escondite un hombre...

(Obscuridad. Segundos después cenital sobre El Perro quien se mueve, hacia el fondo, de pronto cerca de él, aparece un hombre que lleva sombrero de anchas alas y se cubre con una capa. Su aspecto es marcial y habla con arrogancia)

DESCONOCIDO: ¡Por fin encuentro tu guarida, Perro!

PERRO: *(Moviéndose ágil y esgrimiendo su bastón)*
¡Un momento! ¿Quién es usted?

DESCONOCIDO: *(Convincente)* ¡Un enemigo de Zamora y un amigo tuyo!

PERRO: *(Desconfiado)* ¡Yo no tengo amigos!

DESCONOCIDO: *(Amistosamente)* ¡Déjate de tonterías y vamos al grano! ¡Tú creías en Zamora como en un gran jefe! ¡Como el caudillo que quitaría la plata a los ricos para dársela a los pata en el suelo! ¡Pero te fusiló junto con tus amigos! ¡La de que ustedes eran unos saqueadores y asesinos insubordinados fue un pretexto... Sólo deseaba mandar él, y les tenía miedo... Eso es...!

PERRO: ¡Zamora no le tiene miedo a nadie!

DESCONOCIDO: ¡A ustedes sí! ¡Por eso los envió donde los Zamuros! Pero, vamos, muchos saben que estás vivo y esperan que te vengues! ¡Tu fama de perro bravo se irá al suelo si nada haces...! (*Ríe con sorna mientras se mueve en torno al Perro. Éste sigue sus gestos como una fiera en acecho*) ¡Ja, ja, Zamora se comió a las doce fieras y ni se atragantó... Y ahora El Perro ni ladra!

PERRO: (*Con furia sorda, sombría*) ¿Quién dice eso?

DESCONOCIDO: (*Burlón*) ¡En la tropa federal! ¡En tu pueblo! Hasta lo cantan en corridos, coplas, hace poco oí una...

(*De lejos llega la canción. Ambos quedan quietos*)

UNA VOZ: (*Canta acompañada de cuatro y maracas.*) «¡A las fieras de Espinoza
Zamora las fusiló!
¡Y el Perro temblor y aullidos
en el monte se escondió!»

PERRO: ¡Nadie ha peleado en esta guerra como yo!
¡Ni la cuenta llevo de los muertos que tengo!
¿Acaso he temblado alguna vez?

DESCONOCIDO: ¡Pero después que resucitaste aquella mañana tienes miedo!

PERRO: (*Con rabia y odio*) ¡No soy un cobarde!
¡Quien diga eso lo dirá una sola vez!

DESCONOCIDO: (*Nuevamente burlón*) ¡Zamora lo dice...!

PERRO: ¿Cómo lo sabe usted?

DESCONOCIDO: Se lo he oído. Y no una sino muchas veces... ¡Cuidese del Perro, le decimos, y él se ríe!

PERRO: Entonces, ¿Usted es de los de él?

DESCONOCIDO: Sí, pero no me fusilará como a ti y a los otros.

PERRO: Terminemos... ¿Por qué vino hasta aquí? ¿Qué desea de mí?

DESCONOCIDO: Eso es razonable... ¿Cuánto quieres... por... bueno, por enviar a Zamora al mismo lugar donde él envió a tus amigos?

PERRO: ¡Nada! ¡No mato hombres por dinero!

DESCONOCIDO: ¡Zamora tiene razón! ¡Sabe lo que dice cuando afirma que eres cobarde!

PERRO: (*Con ira*) ¿Dónde está Zamora?

DESCONOCIDO: Sitia a San Carlos, luego irá a Valencia y Caracas

PERRO: ¡Váyase! ¡Váyase! ¡Y diga a los suyos que El Perro está vivo, y que ladra y muerde!

DESCONOCIDO: ¡Ahora sí hablas como el hombre que eres!

PERRO: Asegúrele a quienes lo han enviado, que Zamora no irá a Valencia, ni a Caracas... Quedará en San Carlos... ¡Se lo jura El Perro, que nunca juró en vano!

DESCONOCIDO: (*Con sonrisa irónica*) ¡Sé que eres hombre de palabra!

(*Obscuro*)

(*Desaparece el Desconocido, luz sobre las mujeres y El Perro*)

TERESA: (*Aterrada*) Entonces, ¿usted... usted... fue quien ultimó a Zamora?

PERRO: ¡Sí! ¡Yo y el diablo! (*Mira por todas partes con inquietud.*) ¡El diablo que me ronda por todas partes! (*Se santigua*)

ROSALÍA: (*Santiguándose también*) ¡Ave María Santísima!

PERRO: Fui a San Carlos... Allí se peleaba... Dos oficiales estaban en un solar... Desde una mata los vi... Luego llegó Zamora de blusa azul y quepis amarillo... Le hicieron señas hacia la mata donde yo estaba... Lo miré bien apuntándolo; luego apreté el gatillo del chopo...

TERESA: ¡Qué horror!

PERRO: Y fue entonces cuando intervino el diablo. ¡Sí, el diablo, pues mi chopo no disparó! Sin embargo, vi como Zamora caía de espaldas, muerto, muerto... ¡Muerto para siempre! Y eso es precisamente lo misterioso. (*Inquietud*) Les juro que la bala estaba intacta en el chopo... completamente intacta. (*Pausa*) El diablo ha debido estar detrás de mí, dicen que acompañaba siempre a las doce fieras... Por eso quizás sentí un escalofrío cuando apreté el gatillo... Aquello me produjo espanto. ¡Entonces huí! ¡Huí tanto que ni yo mismo me encontraba! ¡Fui a las iglesias de todos los pueblos! ¡Recé!... ¡Hice promesas!... La guerra concluyó... Muerto Zamora, los ricos se entendieron. Un viejo soldado federal me explicó luego... Con el pueblo triunfante todo habría cambiado... Y óigame bien, yo era el asesino de Zamora... Pero mi chopo no disparó... La Federación fracasó y yo era el asesino... La miseria quedó sobre el pueblo y yo era el culpable... La injusticia siguió por el campo y yo había ayudado... ¿Cuántos hombres han muerto sobre esta tierra con la bala que mató a Zamora? Por eso rezo, y por eso canto canciones tristes sobre esa guerra que el pueblo perdió...

TERESA: Aún no comprendo, ¿por qué me busca a mí?

PERRO: Usted tiene un hijo... Guadalupe, fue soldado federal de los buenos...

TERESA: (*Ansiosa*) ¡Sí! ¡Guadalupe es mi hijo...!

PERRO: Cuando cayó Zamora, lo buscaron a él y a otro soldado para que enterraran el cadáver en un sitio secreto. Hecha la operación, nadie los vio más... Supe que Guadalupe es de este pueblo... Y he venido para que me diga algo... Algo que sólo él puede decirme...

TERESA: ¿Qué? ¿Qué es eso que sólo mi hijo puede decirle?

PERRO: Si el balazo que derribó a Zamora fue por delante de su cabeza o por detrás... Sólo lo dos jefes que estaban con él y quienes lo enterraron, vieron el cadáver...

TERESA: Entonces, ¿Usted nunca ha visto a Guadalupe después de aquello?

PERRO: No... Sólo por casualidad supe quiénes fueron los que hicieron de sepultureros.

TERESA: (*Con desconsuelo*) Creí que usted me traería buenas noticias... (*Afligida*) Tampoco yo lo he visto desde el día en que se incorporó a las tropas federales... Todo el tiempo que llevamos de paz ando buscándolo.

PERRO: Pero, ¿está vivo?

TERESA: ¡Eso quisiera saber...!

PERRO: ¡Si no está él, buscaré al otro, también es de este pueblo!

ROSALÍA: ¡Tampoco ha vuelto!

PERRO: ¿Tampoco? ¡Ah! Llevo leguas y leguas andadas... Toda la ruina de Venezuela la traigo en el alma... Y aquí, en Ospino, esperaba liberarme de mi angustia... Y ahora tendré que seguir buscando... ¡Volver a peregrinar! Tocaré de nuevo y cantaré por los caminos hasta encontrarlos... Debo liberarme de mi angustia.

(Sale)

TERESA: También yo seguiré buscando... Ojalá estén vivos...

ROSALÍA: *(A Teresa)* Vivos deben estar, pero escondidos, saben muchos secretos...

TERESA: Pero, ¿Por qué Guadalupe no me dice a mí, su madre, dónde está?

ROSALÍA: No habrá tenido oportunidad de hacerlo... O estará aguardando que pase más tiempo y todo se olvide.

(Entra Begoña agitada)

BEGOÑA: —Por fin pude liberarme de la Rompe Fuegos... *(A Teresa)* Teresa, una buena noticia... Al caserío de la Corteza han llegado unos soldados que estuvieron en la tropa de Guadalupe, dicen que a la hacienda de El Palotal regresó enfermo el viejo comandante que los mandaban y que él debe saber del alpargatero y de tu hijo...

TERESA: ¿Es cierto eso?

BEGOÑA: ¡Cierto! Yo vi uno de los recién llegados...

TERESA: Entonces, vamos allá... Ahora mismo...

BEGOÑA: ¡Queda lejos...!

TERESA: No importa...

(Afuera a lo lejos, se oye una canción acompañada de guitarra pequeña)

VOZ: *(Cantando)*

¡En San Carlos de Cojedes cayó
mi Ezequiel Zamora
y el pueblo por quién luchó
en la sabana lo llora!
¡En la sabana lo llora!

(Pausa)

BEGOÑA: ¿Quién cantará?

TERESA: Un hombre... Estuvo aquí... También desea saber de Guadalupe... Le diremos la llegada de ese Comandante para que nos acompañe... Vamos...

(Pausa. Sale. La siguen Begoña y Rosalía. El escenario se oscurece lentamente mientras continúa oyéndose afuera la canción.)

Voz: Hay quienes ven en las noches
que lo llevan a enterrar
cuatro sombras y una hamaca
muy cerca de un platanal,
muy cerca de un platanal...

Ay Ezequiel, tu caballo
va solo por los esteros
y sola va por el viento
la voz de tus guerrilleros...
La voz de tus guerrilleros...

(Obscuro)

SEGUNDO ACTO

La misma noche. Luz en el cobertizo que es albergue de Brusca y los jóvenes. Hay unas esteras, un improvisado fogón, algunos hacen de paja, unas cobijas viejas, un taburete y algunos trastos de cocina muy viejos y ahumados. Sobre un anafre hay una olla donde se cuece algo.

En escena, Olegario se ocupa de cortar con un cuchillo grande unos palos y luego los mete bajo el anafre. Llega Vicente con un porsiacaso donde trae algunos comestibles.

OLEGARIO: ¿Conseguiste algo para los dientes?

VICENTE: Arepas viejas, pescado seco y un pedazo de queso que debe tener la edad de la vieja Brusca...

OLEGARIO: Ella no ha venido por aquí ni una sola vez... Y ya es bastante de noche...

VICENTE: (*Mientras pone en el suelo lo que ha traído*) Cuando bajaba la última calle del pueblo oí sus gritos. La pobre está más loca que nunca... Unos muchachos y varios perros la perseguían.

OLEGARIO: Es que hay luna... (*Soplando el anafre*) Bueno, con eso que trajiste nos llenamos las barrigas, a menos que Francisco haya conseguido algo más... (*Toma de lo que ha traído Vicente y comienza a comer*) Ya voy a empezar, desde esta mañana no me echo nada en el buche...

VICENTE: Yo tuve suerte; le limpié el solar al dueño del ventorrillo que queda en el Camino Real y su mujer me dio una buena sopa de arroz y hasta café con leche... La leche ha debido ser de chiva... Después me envolvió esas cosas... Pero de ofrecer trabajo fijo nadie habla...

OLEGARIO: Yo en cambio caminé como un condenado sin conseguir nada... No sé si es que tengo mala fama o qué... Pero apenas soltaba una palabra cuando me decían que no... Nadie quiere sembrar, nadie quiere dar un trabajo, nadie tiene un centavo... ¡Una verdadera ruina es lo que hay!

VICENTE: Y así es por todas partes en el país. Con cuanta gente he hablado, no hacen sino quejarse, parece que por donde quiera sólo hay pajonales secos, lutos y hambre... Es lo que quedó después de echar plomo cinco años con sus días y sus noches...

OLEGARIO: Cuando andaba por ahí husmeando como pordiosero, se me ocurrió pensar que si me hubiera agarrado una bala en esa guerra habría sido mejor... Pues ahora, ¿no soy peor que un perro?... Cuando uno se muere pequeño sufre menos... Yo tenía trece años entonces...

VICENTE: Hay que esperar, puede que suceda algo y las cosas mejoren... Aún no está arreglado todo.

OLEGARIO: Si no hubieran matado a Zamora, quizás otro gallo cantaría...

VICENTE: Es lo que me digo; cuando menos tendríamos tierra y comida...

OLEGARIO: Por conseguir eso me fui tras su gente con mis hermanos y el viejo... Sólo yo me quedé vivo para echar el cuento...

VICENTE: Por mi parte no podía ni con un machete, pero también me le uní con otros muchachos del caserío... No sabía nada de nada, pero luego comprendí por qué todos los campesinos peleaban... Y entonces sí eché plomo sabroso.

OLEGARIO: Todo en vano... Cuando pienso en esa cantidad de muertos me da escalofrío...

VICENTE: A mí me mandaban los jefes a llevar paja seca en los grupos que iban a quemarlos...eso era preferible a que se los comieran los zamuros...

(Entra Francisco. Trae un bojote grande en el hombro)

VICENTE: Buena carga...¿es comida ?

FRANCISCO: *(Poniendo el bojote en el suelo con cierto cuidado)* Pareces zoquete, el día que consiga un bojote de comida de este tamaño pongo una pulpería y adiós hambre y padecimientos... Ya van a ver lo que es... *(Desamarra el bojote y de un poco de paja saca tres fusiles algo oxidados y los muestra a Olegario y Vicente con cierto orgullo)* Aquí ya tenemos tres.

OLEGARIO: *(Con suma curiosidad e incorporándose)* ¡Cónfiro! ¿Están buenos?

FRANCISCO: Un poco oxidados únicamente...

OLEGARIO: ¿Cómo los conseguiste?

FRANCISCO: ¡Con Facundo, el herrero! Fue federal de los que peleaban a pecho desnudo...¡Ahora no piensa sino en volver a empezar!

VICENTE: (*A Olegario*) ¿Te fijas? ¡Son muchos los que desean eso!

FRANCISCO: ¡Me dijo que puede fabricar lanzas!

OLEGARIO: ¡Es un palo de hombre ese herrero!

VICENTE: ¿Hay balas?

FRANCISCO: Sí (*Saca un pequeño bolso de lona con balas*) Un poco por ahora.

VICENTE: (*Tomando un Mauser y cargándolo*) Ya voy a estar probando uno...

FRANCISCO: (*Deteniéndolo*) ¿Estás loco? Nadie debe saber que los tenemos... Hay que esconderlos hasta que decidamos la cosa ...

VICENTE: (*Alegre*) ¿Entonces hay posibilidades de guerrear otra vez contra los oligarcas? ¿Te viste con el indio Macanilla?

FRANCISCO: Sí... Está dispuesto a echarse al monte y volver a gritar las consignas federales... Y pronto.

OLEGARIO: ¿Nos iremos con él?

FRANCISCO: Claro, ¿qué otra cosa nos queda?... Hay que buscar algún camino para no morirnos de hambre... Y quién quita que aparezca otro jefe como el muerto.

(Francisco carga los otros fusiles con las balas. Vicente sirve el café en pocillos y da a Olegario y a Francisco. A los lejos se oyen los gritos de Brusca)

BRUSCA: *(A lo lejos)* ¡Ja, ja, ja! ¡Vengan para que vean cómo es que pelean los federales, pedazos de maricas...! ¡Vamos corneta! ¡Zafarrancho de combate y adentro!

(Cantando)

«Cuando la perica quiere
que el perico vaya a misa
se levanta bien temprano
y le plancha la camisa.

Ay, mi perico
alza la pata
para ponerte
las alpargatas...»

VICENTE: Esta noche no dormimos... Cuando llegue, seguro que le coge por cantar como la vez pasada...

OLEGARIO: ¡Pobre vieja! A estas horas quizás ni ha comido...

VICENTE: Le he guardado arepas y café, algo es algo, aunque creo que ya no tiene estómago...

FRANCISCO: *(Envolviendo de nuevo los chopos en la paja y la cobija)* Vamos a guardar esto, hay que conseguir manteca para engrasarlos bien y tenerlos listos.

VICENTE: (*Preparando debajo de los haces de paja un escondite para las armas*) Con estos tres chopos solamente no vamos a hacer nada...

FRANCISCO: Mañana tempranito traeré otros, me los ofreció la negra Rosa, la que vive por la quebrada de arriba... Los enterró cuando supo que los peces gordos se habían entendido a espaldas de los patas en el suelo.

OLEGARIO: Y debe tener muchos, pues por esos lados se peleó bastante...

FRANCISCO: Con los que ya tenemos, los otros fusiles que nos dé Rosa y las lanzas que haga el herrero, hay para armar unas cuantas guerrillas... Después el Gobierno mismo será quien nos proporcionará más armas... (*A Vicente*) Si quieres me acompañan mañana, pues tal vez hay que abrir un hueco grande donde la negra.

VICENTE: Habrá que llevarse un pico y una pala...

FRANCISCO: Los pediremos prestados al sacristán, es amigo mío.

(*Al fondo, cerca del árbol se oye de nuevo la voz de Brusca*)

BRUSCA: (*Con palabras violentas*) ¡Qué hombres van a ser ustedes, deberían usar fustanes y pantaletas! Hombre con cuatro riñones es Zamora...

VOZ DE HOMBRE II: ¡Ahora vas a saber lengua sucia lo que es estar metiéndote con la autoridad! Diez días de calabozo te vamos a echar para que te limpies esa boca. ¡Anda, camina para la jefatura, vieja cochina!

OLEGARIO: Parece que se ha metido con gente del gobierno.

FRANCISCO: *(A Vicente)* ¡Cubre bien las armas!

(Vicente amontona leña sobre las cobijas debajo de las cuales se encuentran las armas)

BRUSCA: ¡Ja, ja, ja! ¡No me hagan reír! ¡Qué autoridad van a ser ustedes! ¡Un par de zánganos si son! ¡Yo los conozco bien! ¡Oligarcas hijos de perra!

VOZ DE HOMBRE I: ¡Camina vieja loca! ¡En la jefatura hay agua bastante para bañarte! ¡Es lo que necesitas, agua fría y palos!

BRUSCA: ¡No me toques Serafin con moquillo! ¡No me toques porque te capo! ¡Suéltame hijo de la grandísima Sayona! ¡Suéltame porque si no te voy a arañar en el cielo de la boca! ¡Ay! ¡Ay!

(Se oye como si golpearan a Brusca)

OLEGARIO: ¡Parece que golpean a la vieja! *(Se asoma por el boquete de la izquierda)* ¡Ah! ¡Son el Comisario y su compinche! ¡Ahora van a saber lo que es bueno!

(Toma un leño y sale rápido por el boquete de la derecha que hace de puerta)

VICENTE: *(A Olegario)* ¡Voy contigo! *(Busca con qué amarrarse y toma otro leño)* ¡Hace tiempo que tengo ganas de arrancarle la cabeza a ese guapetón! ¡No hace sino provocar a la pobre loca!

(Sale detrás de Olegario. Francisco trata de que las armas estén bien escondidas y luego se asoma a la tronera de la izquierda)

OLEGARIO: *(Afuera y acercándose al árbol y el muro detrás del cual están Brusca, el Comisario y el Policía)* ¡Dejen a la vieja, pedazos de sinvergüenzas!

COMISARIO: ¡La autoridad se respeta!

VICENTE: ¡Qué autoridad de mierda! ¡Dale duro Olegario que ése es de los que les gusta golpear a los presos!

(Se oye ruido de pelea. Brusca aparece retrocediendo. Queda en el centro escénico)

BRUSCA: ¡Por las nalgas para que se le pongan flojas! ¡Y que capturarme a mí! ¡Yo soy Brusca, la Rompe Fuegos! ¡El clarín de la tropa federal y aquí tienen a mis hijos, formando la mejor guerrilla del llano! ¡Háganlos comer tierra! ¡Ja, ja, ja!

FRANCISCO: *(Desde el boquete)* ¡Pártanle el alma a esos atropella mujeres!

(Brusca va a ir a la pelea pero Vicente quien llega junto a ella la detiene)

BRUSCA: ¡Ya corren! ¡Ja,ja,ja! ¡No son ningunos pene pen...!

(Vicente toma con suavidad a Brusca y la hace caminar hacia la derecha. Olegario los alcanza. Obscuro sobre ellos)

FRANCISCO: *(Volviendo cerca del fogón)* ¡Esos no volverán a poner sus pies por aquí!

(Por la tronera de la derecha llegan Vicente, Brusca y Olegario. Brusca camina con dificultad y se soba una cadera. Olegario trae el machete del Comisario.)

OLEGARIO: ¡Las autoridades tocaron la retirada! ¡El Comisario dejó esto! *(Muestra la peinilla)* ¡Guapo el hombre, ni se volteó para saber quiénes le pegaban!

FRANCISCO: *(A Olegario y señalando la peinilla)* ¡No dije que el Gobierno nos proporcionaría más armas! No voy a devolverla, la escondemos con los chopos...

(Quita la peinilla a Olegario y la esconde bajo la cobija. Brusca ve la operación)

BRUSCA: Hay que llevarle a Zamora el parte de esta batalla... El enemigo en fuga y su armamento en poder de nuestras guerrillas... ¡Ay! *(Sobándose)*

la cadera) Creo que me rompieron un hueso... Pero ¡la victoria nos alumbrará! (*Alucinada parece mirar, silenciosa, la batalla. A lo lejos se oye una canción semejante a un Himno. Entre tanto los muchachos se mueven en silencio. Canta*):

¡Campesinos! Corramos, volemos
a la Patria sacar de la tumba
y que el fiero oligarca sucumba
bajo el peso de amargo penar...

VICENTE: (*Extinguida la canción y sentando a Brusca con cuidado en el taburete*) Así le hacía a mi mamá cuando tenía dolores por tanto trabajar en el conuco... (*Calienta junto al anafre la botellita*)

OLEGARIO: (*A Brusca*) Ésos no volverán a pegarte nunca en su vida. Anda, come algo... (*Ofrece a Brusca una arepa y café*)

BRUSCA: (*Enérgica y rechazando lo que se le ofrece*) Cuando hay guerra no se puede pensar en comer... A ustedes no les gusta sino hartarse... ¿Quién ha dicho que se pelea bien con la barriga llena y eructando? ¿Ustedes son mis hijos o los señoritos esos que se las echan de federales?

OLEGARIO: ¡Hay que comer vieja, para tener fuerzas!

BRUSCA: Lo que deben hacer es curarme para regresar a la trinchera, el ataque grande va a comenzar ahora mismo... ¿No oyen los clarines tocando a formación de combate?

VICENTE: (*A Brusca*) Déjame abrirte el vestido por detrás para darte la soba... aún hay algo en la botella.

(*Brusca se queda quieta. Vicente le desabotona algo el vestido por detrás y comienza a sobarla con el menjurje de la botellita*)

OLEGARIO: (*A Francisco*) ¿Y si cogemos el monte, qué hacemos con ella?

VICENTE: ¡Yo opino llevarla!

FRANCISCO: Yo también, en el pueblo nadie la cuidaría. Y más con lo que pasó ahora con el Comisario y ese policía... La vieja se moriría de hambre...

OLEGARIO: (*Haciendo que Brusca coma*) No hay que dejarla sola...

VICENTE: (*A Brusca*) Oye, vieja, ¿te irías con nosotros bien lejos de aquí?

BRUSCA: (*Colérica*) ¿Irme de aquí? ¿Quién quiere irse? ¡Ahora es cuando comienza la gran batalla y el que se vaya no es sino un gran desertor! (*Se pone de pie con violencia*) ¿Tengo yo hijos desertores? Óiganme bien, al de ustedes que desertar lo hago fusilar... Y su padre me dará la razón, porque él tampoco quiere hijos correlones...

VICENTE: (*Tratando de sentarla de nuevo*) Quédate tranquila, vieja... Siéntate.

BRUSCA: (*Más colérica aún*) ¡Yo sé quienes desean desertar! A Zamora se lo he dicho...

(*Obscuro sobre los jóvenes. Cenital sobre Brusca*)

BRUSCA: Son los camelones de siempre, los que se fingen liberales para aprovecharse de la sangre del pobre y luego traicionarlo... Yo sé lo que preparan... Y Zamora lo sabrá... Comprenden que si esta batalla de Santa Inés se gana, los ricos están perdidos. Vendrá el gobierno del pueblo y los que ahora están arriba tendrán que bajar los lomos.

(*Obscurecimiento lento*)

(*Se oye un redoble de tambor, mientras se ilumina un rincón del campamento federal. Dos oficiales junto a una fogata semi apagada conversan con cierto sigilo*)

OFICIAL I: Eso debemos tenerlo claro, si Zamora vence con su plebe de campesinos a ese gran ejército gubernamental que nos sigue podrá hacer lo que quiera... Aplastará a la oligarquía, tomará el gobierno... Pero también a nosotros nos tendrá en sus manos...

(*Tras de ellos, silenciosa, aparece Brusca. Se detiene y escucha*)

OFICIAL I: Y en vez de utilizarlo a él, él nos habrá utilizado a nosotros para elevar a su populacho...
¿y entonces?!

OFICIAL II: ¡Eso hace suponer que será más peligroso para nosotros ganar la batalla que perderla!

OFICIAL I: ¡Por supuesto! ¡Zamora no admitirá términos medios!

OFICIAL II: ¡Quizás no se gane! ¡Machetes y chopos viejos no hacen milagros! ¡Además somos pocos los oficiales técnicos con que cuenta Zamora. Los campesinos son buenos para guerrillas y escaramuzas, pero no para enfrentarse a cuerpos organizados de tropas bien armadas...!

OFICIAL I: ¡Eso es una gran verdad! (*Brusca se acerca a ellos moviendo una vieja cantimplora de estaño. El Oficial I la advierte. Pide a su acompañante que guarde silencio*) ¡Chiss! ¡Chiss!

BRUSCA: ¡Aquí está la cantinera con agua y ron! ¡El agua da sapos en la barriga mientras que el ron infunde bríos! ¿Qué prefieren los oficiales...? ¡Ah, son ustedes los señores ricos que nos acompañan!... ¡Bravo! ¿Qué toman?

OFICIAL I: ¡Agua!

OFICIAL II: ¡Yo lo mismo!

BRUSCA: ¡Humm! ¡Militar que no beba ron, fume tabaco y le gusten las faldas y el joropo, está mal...! ¡Tendrán que acostumbrarse! (*Les sirve*) ¡Lo que viene mañana es gordo...! ¿Cuántos hombres del gobierno nos siguen?

OFICIAL I: ¡Muchos miles!

BRUSCA: ¡Ay mi madre! ¿Y creen que ganaremos?

OFICIAL II: ¡No hay que confiarse! ¡Traen muchos cañones y jefes duchos que han estudiado en el exterior...!

BRUSCA: ¡La Virgen del Carmen nos ampare!

OFICIAL I: ¡Yo en el pellejo de Zamora, no daba batalla en este lugar, puede ser un sacrificio inútil!

OFICIAL II: (*A Brusca directamente*) ¡Es bueno que eso se sepa entre las guerrillas y los rasos, pues los únicos contentos si peleamos serán los zamuros...! Por mi parte tendré mis caballos listos...

BRUSCA: ¡Me está dando miedo ir...! ¿Hay peligro entonces de que esos oligarcas nos...(*Hace gestos de que le cortan el cuello*)

OFICIAL I: ¡Es posible! ¡Por lo menos a los que agarran!

BRUSCA: ¡El gran poder de Dios me salve! ¡Yo no quiero transformarme en cadáver todavía...! ¡Lo mejor es avisar eso!

OFICIAL I: ¡Debes hacerlo rápido! ¡Para dar batallas ya habrá tiempo! ¡Corre a la tropa!

BRUSCA: ¡Eso haré!

(Se va. Oscuro. Segundos después una luz difusa gris violeta se enciende en un ángulo del Cuartel General de Zamora. Éste se halla de pie sobre unos escalones, hace silueta contra el fondo. Brusca sale de la obscuridad y avanza hacia él, deteniéndose al pie de los escalones)

BRUSCA: Esos ricos con trajes de mendigo que nos acompañan se entenderán con los jefes enemigos y con todos los potentados que están por detrás. Mis guerrilleros han sorprendido conversaciones. Yo misma los he oído esparciendo rumores de que esa gran fuerza que nos sigue nos derrotará... Algunos hasta preparan caballos y mulas para desertar... Yo en su lugar, general Zamora, les formaría consejo revolucionario y los fusilaría... No se puede triunfar con enemigos ocultos en nuestras propias filas.

ZAMORA: *(Sonriendo)* Por algo te llaman la Rompe Fuegos... *(Señalando el mapa que tiene sobre la mesa)* La oligarquía está perdida... Su único y gran ejército ha caído en la trampa que le he puesto. Mañana, después de la batalla, no habrá sobre esta tierra sino un solo y gran ejército, el de los campesinos... Luego nos uniremos con la gente humilde y pobre de las ciudades y comenzará el gobierno del pueblo... ¡Los que sueñan con traiciones quedarán burlados!

BRUSCA: Eso lo piensa usted con su cabeza... pero esa cabeza pueden hacerla caer...

ZAMORA: ¡No se atreverán! ¡Además ese gran fuego que se ha encendido no podrán apagarlo tan fácilmente...!

BRUSCA: Es cierto, pero muchos sabemos que no hay más caudillo que piense en el pueblo como piensa usted. No hay quien tenga su capacidad militar... No hay quien odie la oligarquía y ansíe la justicia con tanta fuerza como usted... No hay sino los campesinos y usted, y esa es la desgracia.

ZAMORA: ¿Por qué?

BRUSCA: Porque este fuego de justicia que marcha por campos y caminos pueden detenerlo con una bala...con una sola bala...

VOZ DE ZAMORA: No la dispararán...

VOZ DE BRUSCA: Quién sabe... No sé confie... la culebra sabe usar su oculto veneno.

(Obscuro)

(La luz se enciende lentamente en la escena anterior.)

BRUSCA: *(Hacia los jóvenes)* La oligarquía es una serpiente enroscada en torno del pueblo...Y Zamora lo sabe...Y le aplastará la cabeza...Todos lo ayudaremos a hacer eso. ¿Quién es el que nos va a ayudar? ¿Hay algún cobarde aquí que quiera irse para no pelear? *(Los mira uno a uno)* El que tenga la barriga floja de miedo que lo diga...

FRANCISCO: Nadie piensa irse, vieja.

BRUSCA: ¡Así me gusta!

OLEGARIO: *(Suavemente)* Ahora vamos a dormir todos para estar mañana bien dispuestos...

BRUSCA: Eso es... Y en lo que suene la diana todo el mundo con sus armas para las trincheras.... Ja, ja, ja... el enemigo no sabe lo que le espera... *(Vicente la toma con cuidado y la lleva hasta un haz de paja haciendo que se acueste, Olegario y Francisco también se acuestan)* Zamora ha dicho que esta será la batalla definitiva, la definitiva... *(Alzando la cabeza)* Chiss. Están tocando silencio en el campamento. Hay que cerrar los ojos... Ah, pero no los dos, sino uno solo...uno solo.

(La luz comienza a extinguirse mientras Vicente también se acuesta en el suelo)

TERCER ACTO

A la derecha el mismo cobertizo que sirve de albergue a los jóvenes y Brusca. Al fondo la vivienda del viejo comandante significada por una ventana de rejas y junto a ella colgada una espada. Hay un taburete de cuero en el cual está sentado, grave, pensativo, el viejo comandante. A la derecha, diagonal, una pared en ruinas con un boquete que permite ver a alguien que se asoma por detrás. Tras la pared un árbol seco.

Al iniciarse la acción hay luz nocturna. Al fondo, el viejo comandante medita. Llegan Teresa, Begoña, Rosalía y El Perro. Teresa se adelanta unos pasos mientras los otros se detienen y miran al Comandante con admiración y respeto.

COMANDANTE: (*Quien hasta ese momento ha estado abstraído en sus pensamientos*) ¿Qué buscan? ¿Por qué han entrado hasta aquí? ¡Ya ni perros que vigilen quedan en casa!

TERESA: ¡Deseamos que nos de un informe!

COMANDANTE: (*Turbado y con desconfianza*) ¿Informar yo? ¿Acerca de qué?

TERESA: ¡De esa guerra donde estuvo!

COMANDANTE: (*Con ira y mirando a cada uno de los que han llegado*) ¡No quiero que se hable de ella! ¡Nadie en esta casa debe mencionarme esa guerra! ¡Lo he prohibido!

BEGOÑA: (*Señalando a Teresa*) Ella sólo desea saber...

COMANDANTE: (*Interrumpiéndola*) ¡Nada sabrá de mí! ¡Yo sólo he venido a morir bajo estos viejos aleros! ¡Oiganlo bien! ¡A morir! (*Se incorpora con dificultad*) ¡Aún cuando respiro soy un ser muerto! ¡Por eso crucé de noche el pueblo, para que nadie me viera! ¡Háganse el cargo que no estoy aquí! ¡Que no me han visto! ¡Además, estoy seguro de que no soy el que ustedes buscan!

BEGOÑA: ¡Dos de sus viejos soldados lo reconocieron cuando dobló la última calle!

COMANDANTE: (*Con ira contenida*) ¡Nunca mandé soldados sino campesinos...! ¡Esta chaqueta...!

ROSALÍA: (*Interrumpiéndolo*) ¡Yo sé que usted es Cisneros! ¡Aún recuerdo cuando se marchó del pueblo a unirse con la gente de Zamora! Iban muchos; tocaban tambores y cantaban. Usted marchaba al frente con una gran bandera, en todos los sombreros brillaban al sol las flores de cañafistulas, amarillas como si fueran de oro... Lloré de alegría mientras pensaba que muchos no volverían a ver nunca aquellas calles que cruzaban con tanto entusiasmo... (*grave*) ¡Así fue!

COMANDANTE: ¡Cállese! ¿Por qué recordar a esos que no regresaron? Hoy sólo llegan a las orillas de Ospino largas hileras de cruces... ¡Yo las he recorrido!

TERESA: (*Suplicante*) ¡Escúcheme! ¡Déjeme explicarle...!

COMANDANTE: ¡No quiero! ¡Únicamente deseo cerrar los ojos y borrar la memoria!

BEGOÑA: ¡Es un ruego!

COMANDANTE: ¡No! ¡Y deben irse! He venido hasta aquí a esconderme de mí mismo y ustedes han llegado a herirme y mortificarme!

PERRO: (*Avanzando hacia el Comandante*) ¡También yo ando huyendo de mí mismo y tras las sombras de dos hombres!

COMANDANTE: (*Retrocediendo impresionado*) ¡No será detrás de mí!

PERRO: ¡No! ¡He hablado de dos hombres!

TERESA: (*Insinuante con dolor*) ¡Comandante!
¿Nunca oyó hablar de mí? ¿De Teresa, la viuda?
¡Nací y me crié en este pueblo...! ¡Tenía un hijo
que debió ser todo mi apoyo...!

COMANDANTE: ¡No siga! ¡Nada quiero oír de ma-
dres y de hijos! ¡Sé que bajo el río de sangre
vertida hay otro río de soledades y de lágrimas!

BEGOÑA: ¡Y no sólo de lágrimas y soledades de ma-
dre! Yo me he quedado y me quedaré soltera...
Un hombre me quiso y yo lo quise... Se fue tam-
bién queriendo tomar entre sus manos callosas la
justicia...No sé en qué matorral quedó tendido.
Un día me trajeron únicamente su franela tin-
ta en sangre... (*Doliente*) ¡Ahora me llaman la
niña Begoña! (*Alto y con ira*) ¡Pero yo no quiero
ese nombre! ¡Deseaba estar algún día en la cama
con Joaquín y darle hijos que se le parecieran!
¡Pero he de dormir sola siempre y mirando cómo
las casas del pueblo se deshacen en ruinas y a mí
me van brotando arrugas y achaques!

COMANDANTE: —(*Violento*) ¡No hable más!

BEGOÑA: (*Con rencor*) ¡Tengo muchas cosas por
dentro y a alguien tenía que decírselas!

ROSALÍA: (*Desde el fondo y temerosa*) ¿Por qué no
nos vamos? Será mejor...

TERESA: (*Porfiada*) ¡No! ¡Yo quiero saber la verdad! ¡Obtener la respuesta que me alivie! ¡Y este hombre debe decírmela!

BEGOÑA: (*Contagiada por la ira de Teresa*) ¡Es cierto! (*Al Comandante*) ¡Los jefes, los que ordenaban! ¡Los que condujeron tantos hombres a las batallas y llevaban las listas de los muertos deben dar cuenta!

COMANDANTE: ¡Fui tras de una idea! ¡Cuando mis hombres avanzaban hacia la victoria o la muerte, creía que de nuestros sufrimientos brotaría la paz y la justicia para todos...! ¡Nunca me consideré jefe sino una rama del pueblo agitándose dentro de su propia tempestad!

BEGOÑA: (*Enérgica*) ¿Y qué nos dejó esta tempestad?

TERESA: ¡Eso debe preguntarse a gritos!

COMANDANTE: (*A Teresa caminando luego hacia el foro*) ¡Así lo pregunté yo a quienes nos burlaron, a quienes supieron aprovecharse de los huesos y la sangre de miles y miles de hambrientos!

(*Obscuro sobre el grupo formado por Teresa, Begoña, Rosalia y El Perro. Cenital sólo sobre el Comandante que camina hacia el fondo. Una luz blanca, dura, ilumina de pronto a un alto oficial federal que cubre su cabeza con un quepis amarillo. El comandante se detiene, lo mira de arriba a abajo y cruza los brazos sobre el pecho*)

OFICIAL OLIGARCA: ¡Su actitud es extraña, Comandante Cisneros!

COMANDANTE: ¡Le repito que no entiendo! ¡Oiga! ¡A pesar de las montañas de cadáveres! ¡A pesar de toda la sangre derramada! ¡A pesar de la muerte de Zamora, a pesar de la incapacidad de muchos jefes que tomaron los mandos después, los campesinos en armas sabíamos que el triunfo estaba en nuestras manos! ¿Por qué entonces ustedes, sus más altos generales, se han entendido con los oligarcas?

OFICIAL FEDERAL: ¡Razones políticas, Comandante!

COMANDANTE: ¡Por eso en nuestras fuerzas cunde el desaliento!

OFICIAL FEDERAL: ¡Espero que no haya llegado hasta usted!

COMANDANTE: ¡Por el momento sólo pido explicaciones!

OFICIAL FEDERAL: ¿Cree usted que la chusma puede mandar, administrar, dirigir, en fin, a un país en ruinas?

COMANDANTE: ¿Y pueden hacerlo quienes lo llevaron a esa ruina?

OFICIAL FEDERAL: ¡No es esa la cuestión! ¡Cinco años de guerra como nunca se había visto han

devastado a Venezuela! ¡Era necesario detenerla, poner calma, sosiego...! ¡Y usted que es inteligente debe comprenderlo bien. Se precisaba además evitar a toda costa que la porción más inculta y menos capaz se impusiera como gobierno! ¡Nos hemos entendido en aras de la concordia, el bienestar común y para cerrarle el paso a los desmanes de la chusma!

COMANDANTE: ¿Por qué luchó entonces junto a esas chusmas haciendo creer que estaba del todo con ella?

OFICIAL FEDERAL: ¡Por la armonía! ¡Era necesario debilitar a la oligarquía rancia...! Y los golpes que le dio la chusma la han debilitado, ahora tendrá que compartir, con quienes somos... digámoslo de una vez... hombres más liberales, su poder... ¿No es un progreso?

COMANDANTE: ¿Y la justicia? ¿Y el pan? ¿Y la tierra? ¡Fue por todo eso que se alzaron banderas y se derramó el incendio! ¡Por alcanzar esos deseos se han soportado llagas y espantos!

OFICIAL FEDERAL: ¡Cálmese y entienda! ¡Sería la ruina para el país quitar la tierra a sus dueños legales!

(El oficial federal extiende la mano. Se le ilumina cerca un círculo de luz. A él llega el Oficial Oligarca. Se cubre la cabeza con un quepis azul)

- OFICIAL OLIGARCA: ¡La tierra es nuestro poder y el convenio no tocarla!
- OFICIAL FEDERAL: ¡Pierda cuidado! ¡Somos hombres de honor!
- OFICIAL OLIGARCA: ¡Eso somos! ¿Entonces? ¿Por qué luchó usted contra mí?
- OFICIAL FEDERAL: ¡Equivocaciones! ¡Me arrastró el ímpetu de Zamora!
- COMANDANTE: (*A ambos*) ¿Qué será del país tostado por la muerte?
- OFICIAL FEDERAL: Le daremos un orden civilizado.
- OFICIAL OLIGARCA: ¡Y volverán a florecer las haciendas!
- OFICIAL FEDERAL: ¡Y con el orden prosperarán los negocios!
- COMANDANTE: ¡No entiendo! ¡Los muertos! ¡Las cruces! ¡Mi conciencia!
- OFICIAL FEDERAL: ¡Comandante Cisneros, oiga un consejo, no se llega lejos poniéndose frente a uno la conciencia! ¡El país requiere nuestros sacrificios para hallar la tranquilidad...!
- COMANDANTE: ¡La tranquilidad sola no se levantará!

OFICIAL OLIGARCA: Cuando los extranjeros recobren la confianza nos ayudarán. ¡Que lo atestigüe el distinguido súbdito de su Majestad Británica!

(Se ilumina al fondo el Inglés. Viste a la usanza inglesa de la época)

INGLÉS: ¡¡Yes!!

COMANDANTE: ¡¡Eso huele a traición!! *(Mirando por todas partes)* ¡Habrà que encender los fuegos nuevamente! ¡Volverà a rugir el huracán de los pobres! *(A las tres figuras iluminadas)* ¡¡Se los juro!! *(Comienza a retroceder hacia la obscuridad)*

OFICIAL OLIGARCA: *(Al Oficial Federal)* ¿Existe ese peligro?

OFICIAL FEDERAL: No ¡Su clarín! ¡Su potro! ¡Su centella! ¡Zamora, en fin ha sido muerto! ¡Yo lo vi!

(El Inglés y el Oficial Oligarca rien recio)

(Obscuro. Segundos después luz sobre el grupo formado por Begoña, Teresa, Rosalía y El Perro. El Comandante llega junto a ellos)

COMANDANTE: *(Hacia el grupo)* ¡Sabían lo que hacían y el momento cuando lo hacían! ¡Ya no se podían levantar nunca más los millares de muertos! ¡Zamora no se pondría de pie jamás! ¡Tendrán que pasar cien años para recuperar la

sangre y la violencia que se han ido por el caño de la muerte y la traición!

BEGOÑA: ¿Quién verá eso? ¡Ni siquiera tengo un hijo, ni un nieto...!

COMANDANTE: ¡Nadie tiene hijos! (*Con ira*) ¡Nadie tiene hijos en esta tierra! ¡Sólo hay ruinas y cruces!

TERESA: ¿Mi hijo está bajo una cruz? ¡Dígamelo!

ROSALÍA: (*Como un quejido*) ¡Es preferible que no le diga nada!

COMANDANTE: (*Mirándola como por primera vez y regresando de algo muy lejano*) ¡Ah! ¿Quién era su hijo?

TERESA: ¡Guadalupe! De niño sonreía cuando se le hablaba y le gustaba cantar.

COMANDANTE: ¿Guadalupe? ¡Son muchos hombres...! ¡No recuerdo! ¡Cayeron tantos!

TERESA: ¡Él no cayó! ¡Lo buscaron para que enterraran a Zamora! ¡Eso me han dicho!

COMANDANTE: (*Impresionado*) ¡Ah! ¡Entonces él fue uno de los que abrió la fosa...! ¡Oí hablar de eso! ¡Dos hombres con una pala y un pico bajo la tarde turbia...! Una vez ellos anduvieron en mi tropa...

TERESA: ¿Sabe usted qué se hizo Guadalupe luego de cavar aquella tumba?

BEGOÑA: ¡Haga el favor y dígalo!

COMANDANTE: (*Sombrio*) ¡Aquel aciago día no peleaba yo en San Carlos, me habían mandado a la retaguardia a buscar caballería! ¡No supe cuándo llamaron a esos hombres ni los vi después...!

TERESA: ¿Qué oyó decir? ¡Quiero una pista! ¡Démela! ¡Usted es mi esperanza!

COMANDANTE: (*Sonriendo amargamente*) ¡Soy otra cruz y estoy enterrado!

ROSALÍA: (*A Teresa*) ¡Debemos irnos!

TERESA: ¡No! ¡Él debe saber algo! ¡Mi corazón me lo dice!

PERRO: Si usted quería a Zamora debía indagar sobre su muerte...¿Qué supo?

COMANDANTE: ¡Nada! ¡Me envolvieron en mentiras!

PERRO: (*Amargo*) ¡Yo sólo deseo saber el sitio de la herida; aquí tengo una bala que no disparó! (*Se palpa el bolsillo*)

TERESA: ¿Quién vio a mi hijo después de hacer eso?

COMANDANTE: (*Violento*) ¡Yo no lo vi! ¡Ah! ¡Sí!
¡Mi corneta decía que cuando regresaron de ha-
cer aquello los encerraron en un rancho, inco-
municados!

TERESA: ¡Siga! ¡Siga!

COMANDANTE: A media noche sólo una mujer pudo
darles agua a través de un hueco.

TERESA: ¿Y esa mujer vive? ¿Está en algún sitio?
¿Habló con ellos?

COMANDANTE: ¡¡No sé!! ¡¡Le digo que no sé!! ¡Des-
apareció al enterarse de la muerte de Zamora!
¡Ah! ¡Esa bala obscura! ¿Quién la disparó?

PERRO: (*Impresionado*) ¡Fue el diablo! ¡Le digo que
fue el diablo!

TERESA: (*Al Comandante*) ¡Hable de esa mujer!

COMANDANTE: ¡No la conocía! Solía dar agua a la
tropa en la línea de combate y la llamaban la
Rompe Fuego...

TERESA: ¡¡Brusca!! ¡¡Era Brusca!! (*Agarrando al
comandante por los hombros*) ¡¡Vive en este
pueblo!! ¡Los conocía, por eso les llevó agua!

COMANDANTE: (*Desprendiéndose de Teresa*) ¡Que-
ría morir sin recuerdos, pero ahora volverán las
imágenes! ¡Cornetas! ¡Descargas! ¡Gritos en los

hospitales de sangre! ¡Muertos podridos y zamuros...! (*Se deja caer en el taburete*)

PERRO: (*Acercándose al Comandante*) ¡Y yo quiero morir sin esa incertidumbre! (*A las mujeres*) ¡Hay que hallar a esa guerrillera! ¡Hallarla ya, rápido!

TERESA: (*Jubilosa al Perro*) ¡Fue amiga mía! ¡Conoció chiquito a Guadalupe! ¡Le hablaré! ¡Le rogaré!

BEGOÑA: (*Con desaliento*) ¡Será en vano, tiene el cerebro trastornado!

PERRO: ¡¡No importa!! ¡Vamos donde ella!

TERESA: ¡Sí! ¡Vamos! ¡Dios me ayudará a iluminar su razón! (*Sale*)

(*El Comandante queda solo como abrumado; en la oscuridad del fondo se oyen risas, furioso se pone de pie, saca una pistola y dispara hacia el fondo*)

(*Oscuridad total. Instantes después, luz en el cobertizo ruinoso. Brusca y los jóvenes duermen, a lo lejos canta un gallo. Brusca se despierta e incorpora con sumo cuidado, constata que los jóvenes están dormidos y luego se mueve y registra bajo la paja, saca un fusil, lo mira, sonríe pícaramente y lo vuelve a su sitio. Después se hace la dormida. Vuelven a cantar gallos a lo lejos. Vicente se despierta, ve a Brusca y procede a llamar a Olegario*)

VICENTE: (*Tocando a Olegario y en voz baja*) ¡Ya es la hora, levántate! (*Le muestra a Brusca y hace señas de que guarde silencio*)

OLEGARIO: (*Incorporándose*) ¡Será bueno calentar café!

VICENTE: ¡No podemos retardarnos, hay que salir del pueblo antes de que aclare! (*Despierta a Francisco*) ¡Francisco, alza arriba, nos vamos! (*Francisco se incorpora. Vicente toma una cobija y la envuelve*) ¡Esto para traer bien envueltos los fusiles!

(*Olegario recoge otra y hace lo mismo. Francisco toma un porsiacaso y se lo tercia. Vicente vuelve a ver a Brusca. Sin hacer ruido los tres salen por la izquierda. Brusca muy lentamente se va incorporando, sonríe pícaramente y luego se asoma con cuidado por el boquete que hace la puerta. Después vuelve a acostarse. La luz decae hasta una semi penumbra. Se ilumina un círculo en el fondo. Llegan el Comisario y un Soldado. El Comisario carga un machete envainado y el soldado un fusil*)

COMISARIO: (*A su acompañante*) ¿Estás seguro de que es aquí donde lo metió?

(*Brusca oye, se medio incorpora, pero rápidamente se acuesta, fingiéndose dormida*)

SOLDADO: ¡Vi cuando traía el bulto; y que me caiga muerto si no eran machetes!

COMISARIO: ¡Habrá que hacer un registro y detenerlos junto con la vieja! ¡Acerquémonos!

(Se acercan a las ruinas. Asom ndose por el boquete miran hacia adentro. Brusca parece que est  dormida)

SOLDADO: ¡La vieja está sola!

COMISARIO: Es bueno buscar más gente por si acaso. Ve a la jefatura y te traes al sargento... Escond nse tras el árbol y la pared... Yo har  que la vieja salga para detenerla... Después registramos...

(Brusca ha abierto los ojos pero disimula. El soldado se va. El Comisario asoma la cabeza a través del boquete. Brusca lo mira, se incorpora y da un grito)

BRUSCA: ¡Ah! ¡Los Oligarcas! ¡Hay que despertarse! *(Busca a los muchachos con la vista. El comisario se esconde rápido.)* ¡Ah! Ellos se fueron a buscar municiones, pero yo pelear  sola... Ya verán...

(El Comisario vuelve a asomar la cabeza)

COMISARIO: *(A Brusca)* ¡Vieja loca! ¡Ya vas a estar amarrada y llevando agua!

BRUSCA: ¡Oligarcas, culos sucios! ¡Ahora van a saber quién es la Rompe Fuegos! *(Rápida saca un fusil. El Comisario al ver el fusil en las manos)*

de Brusca se alarma y huye. Ésta monta el arma y va a la tronera) ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Miren cómo corren a esconderse detrás de los árboles! Pero desde aquí los cazaré como conejos. (Apunta y dispara)

COMISARIO: *(En semi penumbra y hacia el árbol junto al cual aparecen el soldado y otros hombres también armados de fusil) ¡Hay que tener cuidado, la vieja tiene un fusil, disparen sobre seguro!*

(El comisario se esconde tras el árbol y la pared ruinosa. Desde allí, sin dejarse ver, dispara. Brusca se medio esconde cerca de la tronera, monta el fusil y vuelve a disparar)

BRUSCA: *¡Déjense ver, ratas podridas, para enviarlos al mismo Mandinga! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Aquí está Brusca la Rompe Fuegos! (Mirando hacia la estancia) ¡Vamos a pelear muchachos, que nuestra guerrilla es invencible! (Monta de nuevo el arma) ¡Arriba las cabezas y cantemos!*

(Canta)

*¡Contra los Oligarcas
que son ladrones
vamos los federales
con dos cañones!*

(Gritando hacia afuera) ¡Hay que incendiar la sabana y que la caballería los alcance por detrás! ¡Plomo y candela con ellos! (Dispara de nuevo. Luego retrocede. Baja el fusil y ríe) ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

(Se oyen tiros afuera contra las ruinas) ¡Ya los voy a ver corriendo por esas sabanas y buscando para disfrazarse pantaletas y fustanes de mujer! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡A los oligarcas no les entra plomo sino en las nalgas!

(Vuelve acercarse a la tronera con precaución y acomoda el fusil. Por la entrada del cobertizo llegan los muchachos apresurados e inquietos. Se detienen al ver a Brusca)

OLEGARIO: ¡Lo que pensé al oír los tiros! *(Se asoma con cuidado por la tronera, Brusca lo ve y sonríe pero sigue apuntando)* ¡Son pocos los que disparan para acá! ¡Están detrás de los árboles, podemos sorprenderlos entrándoles por un lado...! ¡Vamos!

(Vicente y Francisco entre tanto han sacado los otros tres fusiles y la peinilla. Dan un fusil a Olegario. Éste lo agarra y los tres salen rápido por donde habían entrado. Brusca los ve irse con la cara iluminada de gozo)

BRUSCA: *(Gritando hacia ellos)* ¡Ahí van mis hijos! ¡La flor de las guerrillas de Ospino! ¡Ésos son los que pelean cantando y con los pechos desnudos! ¡Adelante muchachos que el enemigo huye!

(A los lejos óyense disparos entre gritos del Comisario y el soldado. Hay una luz difusa sobre el árbol y la pared en ruinas, detrás de los cuales están escondidos los atacantes)

BRUSCA: *(Brusca se asoma por la tronera gritando)*

¡Que suenen los tambores
y los clarinetes!
¡Que ya los oligarcas
huelen a orines!

(Lejos óyense los gritos de Olegario y Vicente entre ruidos y disparos. Brusca trata de disparar de nuevo. Una bala le hiere lanzándola hacia atrás con violencia. Se tambalea y va cayendo lentamente. Afuera hay más tiros y gritos. Vicente aparece cerca del árbol, con el fusil montado)

VICENTE: *(Gritando)* ¡Ya huyen! ¡Tira hacia el camino!

(Junto a él llega Olegario. Ambos desaparecen tras el árbol y la pared. Entre tanto Brusca reacciona y trata de incorporarse. Se oye lejos una música coral confusa de un canto federal)

(Como un rumor)

¡¡Avivan las candelas
al viento barinés!!

¡Avivan las candelas
al viento barinés!

¡Y el sol de la victoria
alumbra en Santa Inés!

¡Oligarcas temblad!
¡Viva la libertad!

¡Oligarcas temblad!
¡Viva la libertad!

(Llega por la entrada Francisco. Mira a Brusca herida y corre a auxiliarla. Ésta apenas lo mira y le sonríe. Rafael corre hacia la tronera)

FRANCISCO: *(Gritando hacia afuera)* ¡Olegario! ¡Vicente! *(Vuelve donde Brusca y la semincorpora)*
¡Brusca! ¡Brusca! ¡No es nada! ¡Ya te curaremos! *(Busca un trapo para hacer una venda)*

BRUSCA: ¡Hay que seguir peleando!

FRANCISCO: ¡Seguiremos vieja!

(Llegan Olegario y Vicente. Se acercan solícitos a Brusca)

BRUSCA: ¡La batalla es infernal! ¡Cuántos muertos!
¡Pero venceremos! *(Inquietándose de pronto)*
¿Quién me dijo que mataron a Zamora? ¿Quién me lo dijo? *(A los muchachos con un resto de energía)* ¡Vayan al combate para que lo miren y oigan su voz! ¿Ninguno ha visto su penacho amarillo y su potro? ¡Ah, todo huele a pólvora y candela! *(Turbada por un pensamiento obsesivo)* ¡Nadie lo ha enterrado; ¡¡Nadie!! *(Ronca)*
¡No hay ningún cadáver, él solo descansa un momento! ¡Mírenlo! ¡Mírenlo! ¡Mírenlo! *(Muere. Los muchachos se santiguan)*

(Luz sobre las ruinas de la izquierda. Bajo ellas sobre unas piedras yace el cadáver de Ezequiel Zamora. Llegan el Oficial Federal, el Oficial Oligarca y el Inglés)

OFICIAL FEDERAL: *(Señalando el cadáver y con odio)* ¡Es Zamora muerto, lo conozco!

OFICIAL OLIGARCA: *(Grave y resentido)* ¡Una vez ardió como una llama! ¡Y a todos los de arriba nos quemaba!

OFICIAL FEDERAL: ¡Pretendía la tierra para darla a quienes con violencia la buscaban!

OFICIAL OLIGARCA: ¡Y quiso arrebatarlos con la tierra, títulos, honores, posiciones!

OFICIAL FEDERAL: ¡Pero una providencia lo detuvo; y ahora su caballo es una sombra y su rudo clarín cobre aterido; y su cuerpo una brasa ya apagada!

OFICIAL OLIGARCA: ¡Nunca más volverá a encender el alba con la centella gris de su mirada!

OFICIAL FEDERAL: ¿Todo está quieto ya?

OFICIAL OLIGARCA: ¡Sí!

(Lejos se oye la voz de Brusca gritando)

VOZ DE BRUSCA: ¡Vuelve Zamora! ¡Ezequiel Zamora!

OFICIAL FEDERAL: *(Inquieto y molesto)* ¿Quién grita?

OFICIAL OLIGARCA: ¡Los pobres... quizás quieren de nuevo volver a recobrar su llamarada...!

OFICIAL FEDERAL: ¡No hay que dejarlos! ¡No! ¡No hay que dejarlos!

LOS TRES A CORO: ¡¡No!!

(Obscuro, Desaparecen los oficiales y el Inglés. Luz penumbrosa nuevamente sobre el mismo escenario. Por el boquete aparece la cabeza de Brusca, mira hacia dentro. Un rayo de claridad cae sobre el rostro de Zamora. Los tres jóvenes llegan cerca de ella)

BRUSCA: ¡Sabía que estaba aquí!

OLEGARIO: ¡Nunca pensé verlo muerto!

BRUSCA: ¿Muerto? *(Da vuelta y entra a las ruinas seguida por los jóvenes)* Han dicho que una bala lo derribó para desconcertarnos, para que nos declaráramos en derrota... Chiss... Chiss... Hay que dejar que crean eso; deben ignorar que él sólo descansa en estas piedras...

OLEGARIO: ¡Hay sangre bajo sus cabellos!

BRUSCA: ¡El cielo que está rojo lo ilumina!

VICENTE: ¡Quizás hay una herida!

BRUSCA: ¡Él es fuego y tormenta! ¿Qué bala puede herirlo?

RAFAEL: ¡El cuerpo es ya de piedra!

BRUSCA: ¡Yo les digo que sólo está dormido! ¡Lo digo y lo diré porque es lo cierto! ¿Lo oyen? ¡Bastará que lo pongan en su potro y resuene un clarín alto y violento para que toda su pasión despierte y sobre la llanura vuelva el fuego! ¡Hay que cargarlo! ¡Arriba! ¡Vamos!

(Los muchachos toman a Zamora en peso. Y lo cargan sobre sus hombros)

BRUSCA: ¡Mucho les pesará, porque es un árbol con pájaros, raíces, tempestades...! ¡Yo los ayudaré con mi esqueleto! ¡A la sabana! ¡Vamos! ¡Donde miles de brazos nos esperan! *(Gritando hacia afuera mientras los jóvenes caminan con Zamora en peso)* ¡Oigan! ¡Oigan todos! ¡Alcen en alto las banderas! ¡Que redoble un tambor y traigan por la brida un potro de pólvora y tormenta porque Ezequiel Zamora ya despierta...! *(Grita afuera)* ¡Y que venga el corto de los vientos! ¡Y el de la madrugada enrojecida! ¡Porque ya mi Ezequiel va con el pueblo y hay una tempestad por los caminos!

(Brusca y los jóvenes salen fuera de la escena. Lejos oýese en crescendo el rumor de la canción coral)

¡Avivan las candelas
al viento barinés!
¡Avivan las candelas
al viento barinés!

(Toda la luz va declinando. En el fondo se ilumina el grupo del prólogo en torno a la tumba de Brusca con su cruz amarilla. Todos se santiguan en silencio. Lejos, como un eco, óyese la voz de Brusca)

VOZ DE BRUSCA: *(Lejos)* ¡Zamora! ¡Ezequiel Zamora!
¡Ya en mis manos está tu llamarada!

(Todos los del grupo vuelven los rostros hacia la voz mientras cae el telón)

FIN DE LA OBRA

*Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres litográficos
Instituto Municipal de Publicaciones
durante el mes febrero de 2015
500 ejemplares
Caracas-Venezuela*



Alcaldía
de Caracas

Jorge Rodríguez
Alcalde

Freddy Nández
Presidente de Fundarte

Consejo Directivo
Gustavo Pereira
Alberto Rodríguez Carucci
Zuleiva Vivas
Nelson Guzmán
Carlos Tovar
Saúl Rivas Rivas
Xavier Sarabia

Secretaria General (E)
Yusbely Ramírez

Gerente de Publicaciones
Kelvin Malavé

Otros títulos

- 1.- *Lo que dejó la tempestad*
- 2.- *Oscèneba*
- 3.- *La fiesta de los moribundos*
- 4.- *La esquina del miedo / La sonata del alba*
- 5.- *Apacuana y Cuaricurián*
- 6.- *Un tal Ezequiel Zamora*
- 7.- *Los hombres de los cantos amargos*
- 8.- *Esa espiga sembrada en Carabobo*
- 9.- *Curayú o El Vencedor*
10. *Buenaventura chatarra*
- 11.- *Joaquina Sánchez*
- 12.- *María Rosario Nava / Manuelote*
- 13.- *¿Por qué canta el pueblo? / Harapos de esta noche*
- 14.- *Las mariposas de la oscuridad*
- 15.- *El vendaval amarillo*

«Yo he tenido la suerte y el privilegio de haber podido luchar por lo que deseé ser siempre: un pintor, un escritor, y encontré colaboración de mi familia y de mucha gente. Yo soy un producto del aprecio, del cariño y del amor de muchísima gente. Gracias a eso, he podido ir haciendo una labor dentro del campo de la plástica y de la literatura dramática».

César Rengifo, agosto 1980.

ISBN 978-980-253-343-0



978 - 980 - 253 - 343 - 0



Alcaldía
de Caracas



Gobierno
NACIONAL
CAPITAL



Gobierno
Bolivariano
de Venezuela



Pueblo Victorioso

Colección Biblioteca César Rengifo - N^o 1